

LA NOSTRA ERBA È SEMPRE PIÙ VERDE:
LA ARROGANCIA DE UNA PANDEMIA¹

Isabella Riccò
Universitat Rovira i Virgili

«Los primeros días están bien, parece una gripe común, luego de repente dejan de respirar. Acabo de entubar a una mujer de 40 años. ¡Quedaos en casa!». Ya habían pasado 10 días desde la aparición del coronavirus en Italia cuando leí este comentario de un médico en Facebook. No sabía si era verdad o no; en ese momento, la sobredosis de información y la rapidez de los acontecimientos no permitían distinguir las noticias fiables de las falsas, pero fue entonces cuando por primera vez entendí la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Me quedé helada.

La COVID-19 se detectó oficialmente en Italia el 21 de febrero, en una ciudad localizada a unos 80 km de donde vive mi familia. A principios de marzo, la situación ya estaba fuera de control y pronto la población italiana se dio cuenta de que ¡no!, no era una gripe.

El 26 de febrero se confirmó el primer caso en Barcelona. Como era inevitable, a inicios de marzo, el coronavirus se había convertido en uno de los principales temas de conversación. Fue durante aquellos días cuando varias personas empezaron a preguntarme: «¿Qué tal estás, Isabella?»; «¿Hay casos en tu zona?». Al principio, contestaba con una cierta dosis de tranquilidad y resignación: «Mis padres de momento están bien, pero hay personas enfermas en mi ciudad; estoy preocupada». Hasta que lo vi claro, detenido, como una epifanía de las más banales que, sin embargo, mi entorno no conseguía advertir: «dentro de pocas semanas, aquí estaremos igual».

Me pregunté entonces por qué, viendo lo que había sucedido en China (un país que construyó en 10 días un hospital en el que un sector entero estaba gestionado por robots), el Gobierno y la población de Italia se creyeron inmunes a las consecuencias del virus y no tomaron las medidas necesarias a tiempo. En España y en muchos otros países pasó lo mis-

¹ El título es la adaptación del proverbio italiano «l'erba del vicino è sempre più verde», que sería equiparable a la versión castellana «la gallina de la vecina pone más huevos que la mía».

mo, pero fue aún peor porque, de alguna manera, los europeos ya estaban viendo el final de la película, pero todavía no se lo creían.

Durante aquellas semanas, las circunstancias se agravaron y no pude evitar tratar el tema con mis allegados. Quería que se preparasen para lo que estaba a punto de ocurrir e intentaba transmitirles en cierto modo mis angustias y preocupaciones. Me asombraba observar que la mayor parte de la gente con la cual hablaba no me creía, o al menos no del todo. Intentaban tomarse en serio la situación e imaginarla, pero era evidente que la hipótesis (y la necesidad) de un confinamiento les parecía totalmente lejana e impensable. Yo quedaba horrorizada e impotente y me volvía aún más «terrorista» en mi discurso. Me preguntaba por qué no nos estaban poniendo ya en cuarentena y por qué no aprovechaban las semanas de ventaja que teníamos.

Después del cierre de las fronteras, leí un artículo de un sociólogo alemán que reflexionaba sobre la COVID-19 y la percepción del riesgo en Occidente. En la publicación, se planteaba la tesis de que varios países europeos no se habían tomado seriamente la experiencia de China a causa de su arrogancia poscolonial. Desde mi punto de vista, el problema aquí no era solo que los individuos se negasen a título personal a ver la realidad, sino que también se negaban los Gobiernos.

Reflexioné sobre ello y llegué a la conclusión de que la mayoría de los países europeos necesitaron acumular un número considerable de muertos, SUS muertos, para empezar a caer en la cuenta de la gravedad de la situación. Fue como si cada Estado se hubiese creído capaz de manejar la pandemia, como si se estuviese desplegando una suerte de competición en la que la resistencia al virus acabase por encarnar la metáfora de la valentía, el poder y la buena gestión.

Cuando Pedro Sánchez declaró el estado de alarma y el encierro, mi entorno empezó a asustarse y se rindió a la evidencia de que aquí también estaba pasando. Yo, en cambio, paradójicamente, dejé de tener miedo.

Bibliografía

DISCOVERY SOCIETY (2020). «Othering the virus». Recuperado de <<https://discovery.org/2020/03/21/othering-the-virus/>>.